Los hilos microscópicos que tejen la sociedad

José Morales González

Noviembre de 2019

1. Sumario

La expresión *hilos microscópicos* de Georg Simmel, contenida en *Sociología: estudios sobre las formas de socialización* (1908), es una imagen que conceptualiza la sociedad. La sabida distinción entre forma y contenido, que ejerce su mirada como artilugio metodológico, permite un juego de perspectivas que se constata a través de dicha expresión: si la acción recíproca que ocurre entre sujetos es su objeto de estudio, hay que *trazar líneas* para advertir su carácter relacional. Ante la multiplicidad y la diversidad de formas de la sociedad, estas líneas se hilvanan en un tejido de *hilos sociológicos*; el tejido adquiere su forma gracias a los hilos que lo tejen, pero el mismo hilo es un tejido de hilos minúsculos. La materialidad de los hilos, sólida y frágil a la vez, expresa la imagen del mundo social: en el detalle se muestra su totalidad y sólo amplificándolo se le hace justicia (Simmel, 1900); hay una máxima tensión entre el todo y la parte, el individuo y la sociedad, pero también entre lo superfluo y lo profundo, la cantidad y la cualidad, lo sólido y lo etéreo. La tensión se intercala con relajación.

Su defensa de lo microscópico se da por la importancia que adquieren bajo esta mirada las relaciones mínimas e infinitas que cotidianamente hacen posible la sociedad.

A pesar de su pertinencia, no es habitual encontrar referencias a Simmel en la microsociología. Su escritura literaria y su pensamiento estético no encaja en las disciplinas universitarias.

2. La mirada de Simmel

Los objetos de estudio de Georg Simmel están a punto de romperse. Por ejemplo, la mirada.

"La reciprocidad más perfecta que existe en las relaciones humanas" se encuentra en la mirada, pues "la más mínima desviación, el más ligero apartamiento de la mirada, destruye por completo la peculiaridad del lazo que crea". Se distingue por no engendrar ni descansar en ninguna forma objetiva. Es tan fuerte sin embargo el lazo de la mirada... El ojo no puede ver sin ser visto, pues "la mirada escrutadora es, en sí misma, expresiva". Su poder descubre su debilidad. La vista encuentra su fuerza sólo en el equilibrio de las miradas, que se dominan y entregan entre sí; tal equilibrio se verifica si se dibuja una línea recta y horizontal, el camino más corto de ojos a ojos. "La mirada a los ojos del otro no sólo me sirve para conocerle yo a él, sino que le sirve a él para conocerme a mí" (Simmel, 1908, p.623). Pero el conocimiento que engendra es del ámbito del espíritu, pues se sostiene sólo a condición de que la mirada que pretende descubrir el alma del otro se revele ella misma. Al desviar la mirada se impide que el otro mire; aunque pueda observar, se escapa de su mirada y se evita ser conocido. Una vez cesa la mirada, esta *vivísima* acción recíproca muere. Tan frágil y tan sutil es, que bien puede afirmarse que nunca existió tal o cual mirada.

Y sin embargo:

> Todo el trato entre los hombres, sus acuerdos y sus repulsiones, su intimidad y su indiferencia, cambiarían de un modo incalculable si no existiese la mirada (Simmel, 1908, p.623).

Sería más preciso decir que Simmel no tiene objetos de estudio, pues no ejerce sobre ellos la observación, sino la mirada. Descubre su punto de vista antes de generar conocimiento, aclarando en el primer capítulo de *Sociología*: se distingue entre forma y contenido de la sociedad, aunque en verdad esto es pura *metáfora* para entornar los ojos; lo que es forma desde un punto de vista es contenido desde otro. Se parte "de la más amplia concepción *imaginable* de sociedad" para evitar definiciones contenciosas (Simmel, 1908, p.102). "Me refiero a una particular disposición de la mirada...", expresa al explicar su método intuitivo. Acepta que su *Sociología* (1908) parece una acumulación de ejemplos sin lo sistemático de la teoría, pero esto es para formar la intuición sociológica, advertir que la sociedad es algo que está sucediendo (Simmel,

1917) y no conformarse con fenómenos ya *cristalizados* como la familia, las organizaciones militares o el Estado, pues incluso éstos se encuentran en tensión, necesaria para su existencia. Los ejemplos no son hechos, pues se ocupa de la mirada, no del dato (Sabido y Zabludovsky, 2014). No aspira a la verdad demostrativa para llegar a alguna afirmación general. Basta con que los ejemplos sean posibles, más que reales (Simmel, 1908, p.137). En el último capítulo, al darse cuenta que está llegando a afirmar lo que puede ser una ley natural de la sociedad (*la individualidad crece cuando el círculo social también*), se excusa: "no se trata aquí mas que de un más o menos, y de aspectos y notas parciales de la existencia" (Simmel, 1908, p.682).

Este recato de Simmel se debe a que el conocimiento de la sociedad se verifica en un no saber del todo, que sin embargo se intuye real gracias a un *proceso práctico*. En la relación yo-tú, el otro me es ajeno ya que no es representable del todo a través de categorías esquemáticas como se representa objetivamente la naturaleza. Esto no impide que el tú sea real en grado sumo tanto como el yo. Si el otro fuera absolutamente conocido, dejaría de serlo. Para que sea posible la sociedad entonces se precisa de un desconocimiento, pues éste es el que crea la unidad entre el yo y el tú, la unidad de las relaciones sociales. Así como el yo intuye al tú, Simmel intuye a la sociedad apuntando más hacía su continua formación que a sus contenidos ya objetivados.

En la línea divisoria entre el saber y no saber, la sociedad hace equilibrismo y encuentra su forma de ser. Así por ejemplo, la coquetería es una forma social de decir sí y no al mismo tiempo, que se sostiene mientras no se caiga de un lado o de otro; la moda es a condición de pasar rápidamente mostrándose como definitiva; el secreto es una forma social que crea sociedades cuyo objetivo es guardar secretos. La sociedad juega a ser sociedad, ésta es la sociabilidad pura (Simmel, 1917), que dibuja líneas con infinitas formas. Así como la geometría, la sociología de Simmel se limita a las formas, dejando a otras ciencias los contenidos en que se manifiestan. La diferencia es que no puede reducir su campo a modelos, como lo hace la geometría, pues la sociedad ofrece formas cada vez más diversas y especiales. Decir, por ejemplo, que en todas las sociedades se da la subordinación, es decir muy poco, pues esta forma adquiere a su vez formas muy distintas.[1] Sin embargo, la geometría y la sociología comparten un destino fatal; la demostración de

[1] Simmel argumenta que la subordinación no se da de forma total, pues en tal caso no habría relación social. La coacción implica cierta libertad del sometido; la autoridad necesita que permanezca como algo distinto a ella para poder someterlo, y en última instancia sentir a una autoridad como opresora es un acto de independencia.

un teorema geométrico se topa frente a la imperfección de la figura dibujada, así como la síntesis formal en que logra señalarse la sociabilidad pura, se topa con la totalidad y la complejidad del fenómeno real (Simmel, 1908, p.110).

3. Los hilos que tejen la sociedad

De lo que se trata es "de descubrir los hilos delicados de las relaciones mínimas entre los hombres ... en apariencia insignificantes" (Simmel, 1908, p.114-115). La expresión *hilos* abunda en *Sociología* encontrando variaciones como redes, tejido, lazo. Tiene mucho de artesanal, se refiere al quehacer metodológico del autor:

> Para comprender el tejido real de las sociedades humanas y su abundancia y movilidad indescriptibles, lo esencial será afinar la mirada para descubrir esos indicios y esas transiciones, para percibir las formas de relación que apenas indicadas desaparecen, para advertir sus figuras embrionarias y fragmentarias (Simmel, 1908, p.200).

De nuevo, no es tanto el objeto de estudio, sino la mirada. Donde dice *tejido*, quiere decir "acción recíproca" (objeto oficial de su ciencia), pero la expresión *tejido* delata la mirada. Se apunta a la abundancia y a lo moviente, que no es posible describir pero a través de su comprensión se les percibe. Es la dificultad de percibir lo que está entre los individuos y que sin embargo es el objeto a estudiar: "la acción recíproca, es decir, mutuamente determinada" (Simmel, 1908, p.207). Eso es la sociedad, "formas de iniciaciones, fragmentos parciales, interrumpidas y modificadas de continuo" (Simmel, 1908, p.219), como lo que se percibe mirando con atención un tejido. La tensión que es propia de los tejidos, los lazos o las redes (e incluso de los hilos, que no son sino tejidos minúsculos que finamente mirados parece que se están destejiendo), ilumina la naturaleza de la relación social. Lo que aparentemente está separado se encuentra reunido, la unidad es gracias a la diversidad de elementos relacionados incluso contrapuestos.

> ¿No es realmente la maldición de todos los hombres que podamos disfrutar de una cosa sólo diferenciándola de su opuesto? (Simmel, 1897-1907, p.25).

El espíritu de la contradicción aparece en la imagen de los hilos hilvanados que encuentran su ser en la forma en como están tejidos: el soberano con poder absoluto de dictar las leyes que lo sujetan; quien busca libertad encuentra útil la dominación para tal fin; quien pierde la guerra ejerce su poder declarándose vencido.

> Así como el cosmos necesita «amor y odio», fuerzas de atracción y de repulsión, para tener una forma, así la sociedad necesita una relación cuantitativa de armonía y desarmonía, de asociación y competencia, de favor y disfavor, para llegar a una forma determinada (Simmel, 1908, p.300).

Las fuerzas individualizadoras y socializadoras están presentes en cada relación social. Basta destacar el valor de lo negativo, para lograr apreciar este dualismo que, en el estira y afloja de la acción recíproca, está atado a una función positiva... y viceversa: si el altruismo fuera la tendencia natural del hombre, se le quitará la posibilidad de dedicarse al otro de forma voluntaria. Tampoco puede decirse lo mismo de la tendencia contraria y afirmar que el hombre es un lobo para el hombre. La acción no tiene su explicación en instintos naturales, pues los instintos necesitan de objetos para completarse. La conclusión más sencilla y perfecta es: "los hombres *se reúnen* para luchar" (Simmel, 1908, p.313). Incluso en la lucha se advierte el *poder de la síntesis*, que es "un tejido de miles de hilos sociológicos" (Simmel, 1908, p.330).

Para apreciar esos miles de hilos que unen a los hombres es preciso no subestimar lo *superfluo*. En Simmel abundan los ejemplos que cumplen esta cualidad: la moda, la conversación, el asa de las tasas, las huellas en la nieve, el adorno... En el adorno se encuentra el máximo egoísmo de acentuar positivamente la personalidad de quien lo porta siempre y cuando agrade al otro, resultando con ello altruista, a la vez. El defecto de lo estrictamente necesario (como el simple vestido sin adorno en sus telas) es que está demasiado unido al hombre y sus necesidades, mientras que lo superfluo se despega del hombre gracias a su ligereza, y cobra libertad. Lo superfluo no encierra limitación alguna, sino al contrario, pues "no impone a nuestro ser ninguna ley de limitación, ninguna estructura, como hace lo necesario" (Simmel, 1908, p.395). Esto no desata las relaciones sociales, sino hace que la sociedad sea *más sociedad*: las relaciones sociales se autonomizan de sus fines y contenidos y quedan las formas puras como fines ellas mismas, a las que la sociedad les da gran valor y adquieren ahora una vida propia. El tejido social queda

libremente flotante con independencia de los intereses de vida para los cuales en principio se unieron los hombres. Entonces surge el arte y la vida social se estiliza (Simmel, 1917). La sociedad se enriquece, al igual que la individual, pues el hombre no queda atado a los destinos del *lazo orgánico* en el que nació y se crío, la familia, la comunidad, el género, sino que se relaciona con otros círculos sociales más amplios o más estrechos y profundos, enlazándose más allá de lo dado y natural. Surgen entonces intereses humanistas, económicos, políticos y de los más diversos contenidos, haciendo posible que se aten y desaten en función de los impulsos de querer *obrar con otros y querer obrar contra otros*. La subjetividad, dentro de este tejido, es "el punto de coincidencia de incontables hilos sociales" (Simmel, 1908, p.433).

Este punto de encuentro es fundamental, pues es la sociedad en el acontecer, en el flujo, en el mutuo determinarse. Las objetivaciones colectivas (como insignias, puestos burocráticos, instituciones, sus leyes y edificios, el dinero...) tienen interés para Simmel sólo en tanto que representan la unión de la sociedad (la profesión, por ejemplo, como la unión de lo heterogéneo del individuo con lo homogéneo del cargo). A estos objetos se les señala en tensión y se les desdeña porque están hechos de material destructible, si bien sirven de punto de apoyo para el vuelo espiritual de la sociedad, que por ello puede figurarse como *hilos invisibles* (Simmel, 1908, p.617) que sujetan a los individuos a esos centros tangibles que se han solidificado.

4. Lo micro, de mínima monta

La sociedad de dos, los grupos conformados por dos personas, tienen un matiz de peligro gracias a la cualidad de irreemplazables que tienen sus miembros, destinando al colectivo a morir. Esta idea de muerte, presente en este tipo de sociedad, intensifica su vida social al tiempo que la vuelve trivial. Cada individuo sabe que la desaparición de uno de ellos destruiría todo, que todo pende de uno y otro. En una palabra, estar solos uno frente a otro sin la presencia de un ente supraindividual, forma la intimidad.[2]

Esta aparente trivialidad, superficialidad o irrelevancia de estas relaciones sociales, deja de serlo para la mirada que juega con las distancias y es capaz de apreciar lo micro y su intensidad, fundamentales en la formación

[2] En el matrimonio juegan un papel muy importante terceras personas, como el sacerdote, el juez, dados por la tradición, y luego el hijo, que separa tanto como une. El matrimonio tiene una forma objetiva que no tolera sino aceptación o renuncia.

de la sociedad: “un gran número de hilos y nudos que permiten la unidad” (Simmel, 1908, p.665). En ello, hay efectos microscópicos, afirma Simmel (1908, p.645), que nadie ha formulado debido a la temporalidad de ciertas relaciones, pues es notable que las relaciones pasajeras hacen al trato entre los hombres cualitativamente distinto:

> Cuando dos personas se miran de manera pasajera o se apretujan una contra otra ante una taquilla de billetes de entradas, por esto no se las considera socializadas. Sin embargo, aquí el efecto de interacción es superficial y volátil de una manera que dentro de su medida también se podría hablar de socialización cuando se piensa que tales interacciones sólo han de aumentar *su* frecuencia e intensificarse uniéndose con otras del mismo género para justificar esta denominación (Simmel, 1917, pp.31).
>
> ...
>
> La socialización entre los seres humanos se desconecta y se vuelve a conectar siempre de nuevo como un constante fluir y pulsar que concatena a los individuos incluso allí donde no emerge una organización propiamente dicha. El hecho que las personas se miren unas a otras, que se tengan celos, que se escriban cartas o que almuercen juntos, que se encuentre simpáticos o antipáticos más allá de cualquier interés personal, que la gratitud por un acto altruista siga teniendo efectos de lazos inquebrantables, que uno pregunte a otro por el camino y que las personas se vistan y adornen para otras, todas estas miles de relaciones juegan entre una y otra persona de manera momentánea o duradera, consciente o inconsciente, evanescente o con consecuencias, nos entrelazan de manera ininterrumpida. Aquí se encuentran los efectos de interacción entre los elementos que sostienen toda la resistencia y elasticidad, toda la policromía y uniformidad de esta vida tan claramente perceptible y tan enigmática de la sociedad (Simmel, 1917, pp.32-33).

¿Por qué enigmática si la vida cotidiana es perfectamente comprensible? Porque la unidad del individuo con su sociedad es tal que “no podemos asir ni expresar inmediatamente”. Las personas que rodean al individuo, de forma momentánea y próxima, son su primer mundo y su principal interés (para la

persona, en un sentido fenomenológico, y para Simmel, en un sentido metodológico). Los contornos bien delimitados de esas figuras humanas cercanas en una clara acción recíproca son empleados por la persona para organizar y hacer comprensible su mundo interior; la imagen del alma individual coincide con la sociedad (Simmel, 1908, p.721). Las fuerzas expansivas del sujeto construyen entidades sociales que luego refluyen a él mismo, como la idea de los dioses, dotados de cualidades sublimadas del alma humana que luego valen de leyes morales que hay que seguir. O bien: "Recordemos cómo trasladamos al paisaje nuestros propios sentimientos, las cosas profundas e importantes que pensamos, para sacar luego de él consuelo, hondura y sugestión" (Simmel, 1908, p.536). Por ello no es contradictorio decir que "la sociedad nace de los individuos, pero el individuo nace de las sociedades" (Simmel, 1908, p.446). Aunque esto sea un *enredo*.

La humanidad ha creado la socialización como forma de vida, pero pudo haber creado otra (Simmel, 1908), fue Nietzsche quien primero lo advirtió (Simmel, 1917) y Simmel le da las gracias.

5. La gratitud

Nunca se estima demasiado la importancia sociológica de la gratitud, debido a la "exigüidad de sus manifestaciones concretas" (Simmel, 1908, p.577). La reciprocidad de todo comercio humano descansa en un esquema de entrega y equivalencia, cuya forma más notoria es la jurídica, que impone derechos y obligaciones guardando la cohesión social. Pero existen también otras formas de reciprocidad en las que no interviene la organización jurídica, ya que no hay una obligación de compensar el previo favor. En estos casos la gratitud aparece como un tejido de reciprocidades que vincula sin coacción exterior.

> La gratitud es uno de los hilos microscópicos, pero infinitamente tenaces, que mantiene unidos los elementos de la sociedad y, por tanto, finalmente, los junta a todos ellos en una vida común, de forma estable (Simmel, 1908, p.584).

No por pequeños, los vínculos que crea la gratitud son insignificantes. De hecho, la forma más profunda de gratitud es aquella que se da al no poder corresponder a lo recibido; no hay intercambio que equivalga a lo dado y por tanto no hay ley o economía que consiga regularla. Sin embargo, se agradece. Por ello la gratitud preserva las relaciones sociales que ya han

pasado, perviviendo como ideal del vínculo social. "Es la gratitud la memoria moral de la humanidad" (Simmel, 1908, p.578).

Por todo esto, dar las gracias no es dar nada. Incluso cuando se recibe una donación; la donación es una acción recíproca, que no se agota en el dar, ya que importa la manera en como se recibe. En el dar y recibir se definen posiciones y por ello es una mutua entrega; el pobre no es quien menos tiene sino el que recibe limosna y quien dona conserva su lugar (Simmel, 1908).

Las formas se aprecian entonces no sólo al advertir los hilos sociológicos de la interacción social, sino también al plantear el problema de estudio de la manera más delimitada posible, microscópicamente, incluso encontrando fragmentos fortuitos que, estéticamente mirados, expresan al conjunto de la sociedad (Simmel, 1900).

Las mil relaciones momentáneas o duraderas, efímeras o fecundas, más allá de todo interés o finalidad, que se sostienen gracias a acciones infinitas e infinitamente pequeñas, son las que hacen que la "sociedad sea irrompible" (Simmel, 1908, p.114).

6. Dato para la academia

Los estudios de microsociología no han reconocido justamente las aportaciones teóricas de Georg Simmel. Apenas se encuentran referencias a él, a pesar de la naturaleza claramente relacional de sus conceptos y de su perspectiva de sociología mínima. Es un tabú metodológico, quizá gracias a Durkheim que consideraba sus ingeniosas ideas curiosas relaciones y especulaciones ilegítimas (Frisby, 2013). La versión más extendida de la microsociología, la estadounidense, está muy anclada a la evidencia empírica, como el clásico al hecho social. Una mirada a las publicaciones de los últimos años confirma la omisión a Simmel. La revisión más reciente al estado de la cuestión, "Varieties of microsociology" (Benzecry y Winchester, 2017), no lo menciona.

Quien está omnipresente en los estudios de este enfoque es Erving Goffman, quien definía la microsociología como "el estudio de cosas muy pequeñas y la imposibilidad de hacer inferencias a gran escala" (Goffman, 1982/2000),[3] y se lamentaba de que ésta no lograba armonizar las mediaciones entre el or-

[3] En el estudio introductorio a *Sociología*, Gina Zabludovsky o Olga Sabido comentan la recuperación que hizo la Escuela de Chicago, en particular Goffman, y citan a Donald N. Levine como referencia, pero no figura Goffman en dicha fuente.

den macrosocial y las situaciones cara a cara.[4] Georg Simmel lo había hecho antes. Así lo argumenta Fernando Robles, quien recupera la ambivalencia de Simmel como categoría sociológica y apunta su aporte a la microsociología contemporánea, identificándolo como "uno de los precursores elementales de la mircosociología" (Robles, 2000, p.220), pero se enfoca en los procesos de objetivación de la cultura moderna, empleando la intersección de los círculos sociales de Simmel para pensar la subjetividad en la modernidad. Esta intersección es una forma de articular lo micro y lo macro, que Goffman señalaba como pendiente.

En *La presentación de la persona en la vida cotidiana* (1959), Goffman suprimió una cita de Simmel que aparecía en el original, su tesis doctoral (Gerhardt, 2003) a manera de epígrafe.[5] En su lugar, quedó en la introducción la mención entre paréntesis a Simmel como alguien que suscribía el uso de ejemplos para el desarrollo teórico. Goffman analizaba escenas extraídas de sus investigaciones, de novelas y de su imaginación, bajo la idea de que la vida social *es* una obra de teatro.

En *Frame analysis. Los marcos de la experiencia*, Goffman (1975) explica la relación que se da entre una actividad enmarcada, como un juego de mesa, y la realidad circundante. Cita a Simmel en una nota el pie de página en la que éste describe la misma relación pero en el arte; si bien el lienzo y los colores usados pertenecen a la realidad, el arte elabora a partir de ellos un espacio ideal que trasciende la realidad. Así en la vida cotidiana, expresa Goffman haciendo un guiño a los lectores de Simmel, "la taza se puede llenar con cualquier sustancia, pero el asa pertenece a la sustancia que la califica como realidad" (Goffman, 1975, p.259). Para el analista que ahora duda de su teoría, las diferencias entre la sociedad y el teatro se acentúan, una de ellas es el letrero de *Salida*. Sin embargo, el letrero se sostiene sólo en el límite, como la mirada del científico social, pues la *Salida* será necesaria para el teatro, pero un fiasco para la obra teatral. Ilusoria la *Salida* de la sociedad.

---

[4] En los mismos años en que Goffman pronunció esas palabras, Randall Collins (1981) publicó un extenso estudio sobre las bases microsociales de la macrosociología, pero Simmel no aparece ahí, ni en sus obras posteriores.

[5] Su tesis doctoral está disponible en `https://archive.org/`. La cita de Simmel se encuentra en la página 3.

Referencias

Benzecry, C., y Winchester, D. (2017). Varieties of microsociology. En C. Benzecry, M. Krause, y I. A. Reed (Eds.), *Social theory now* (p. 42-74). The University of Chicago Press.

Collins, R. (1981). On the microfoundations of macrosociology. *The American Journal of Sociology*, *85*(5), 984-1014. Descargado de `http://www.jstor.org/stable/2778745`

Frisby, D. (2013). Introducción. En *Filosofía del dinero* (p. 9-29). Madrid: Capitán Swing.

Gerhardt, U. (2003). Of kindred spirit. Erving Goffman's oeuvre and its relationships to Georg Simmel. En J. Treviño (Ed.), *Goffman's legacy* (p. 143-165). Maryland: Rowman and Littlefield Publishers.

Goffman, E. (1959). *La presentación de la persona en la vida cotidiana* (H. B. Torres-Perrén y F. Setaro, Traducs.). Buenos Aires: Amorrortu.

Goffman, E. (1975). *Frame analysis. Los marcos de la experiencia* (J. L. Rodríguez, Traduc.). Madrid: CIS-Siglo XXI.

Goffman, E. (2000). Microsociología e historia (F. Alvarez-Uría, Traduc.). En F. Díaz (Ed.), *Sociologías de la situación* (p. 167-171). Madrid: La Piqueta. (Trabajo original publicado en 1982)

Robles, F. (2000). La ambivalencia como categoría sociológica en Simmel. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas (REIS)*, *89*, 219-235.

Sabido, O., y Zabludovsky, G. (2014). Estudio introductorio. En *Sociología* (p. 11-80). México: FCE.

Simmel, G. (1897-1907). *Imágenes momentáneas* (R. Ibarlucía, Traduc.). Barcelona: Gedisa. 2013.

Simmel, G. (1900). *Filosofía del dinero* (R. García-Cotarelo, Traduc.). Madrid: Capitán Swing. 2013.

Simmel, G. (1908). *Sociología: estudios sobre las formas de socialización* (J. Pérez-Bances, Traduc.). México: FCE. 2014.

Simmel, G. (1917). *Cuestiones fundamentales de sociología* (Ángela Ackermann Pilarí, Traduc.). Barcelona: Gedisa. 2002.